

LA JUVENTUD LITERARIA.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VII.

Murcia 7 de Abril de 1895.

Núm. 259.

Suscripción: En Murcia. 50 cts. al mes.
Fuera. 2 pesetas trimestre — Anuncio y periódico 4 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y oficinas: Mariano Padilla, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

Hoy es domingo de Ramos, y comienzan los misterios que nuestra madre la Iglesia conmemora, cual recuerdo de las sublimes escenas del sacrificio cruento, que por amor a los hombres hizo el hijo del Eterno.

Necesario es que estos días el espíritu elevemos olvidando las miserias que nos atan a este suelo, para ponerlas mas alto, para elevarlas al cielo y pedir humildemente al Dios poderoso y bueno que nos mira con piedad pues que bien la merecemos.

* * *

En la presente semana obtendrán los confiteros ganancias, pues venderán pastillas y caramelos.

Hay nazarenos rumbosos que se meten en el pecho más cartuchos que contienen todos los parques del reino, suponiendo que estos fueran de dulce de caramelo.

Los nazarenos son siempre muy rumbosos con lo bueno, más no lo son con las suegras ni tampoco con los suegros, porque dicen que estos son pájaros de mal agüero.

* * *

Parece ser que este año hay un decidido empeño en que nuestras procesiones salgan con el lucimiento y esplendor, que también dicen a este católico pueblo.

Es inútil que digamos que nos complace en extremo la tal determinación, felicitando con ello a cofrades y devotos por su religioso celo.

* * *

La Semana Santa nos recuerda el terrible drama del Calvario; nos recuerda el entusiasta recibimiento que tuvo Jesús en la cruel Jerusalem; nos recuerda la última cena que hizo con sus Apóstoles; nos recuerda

lo que sufrió Jesucristo en el Huerto de las Olivas; nos recuerda el infame beso que recibió de su discípulo; nos recuerda su pasión, y nos recuerda los terribles detalles de su muerte.

Todo es triste en estos días.

Desde el siglo III se celebra con gran fervor la Semana Santa, pero arraigóse más en los siglos posteriores.

Aquel juez débil condenó al Justo al afrentoso suplicio de la Cruz, poniéndole sobre los hombros un manto rojo y por diadema una corona de espinas: mandó colocar en el infamante madero la siguiente inscripción, en hebreo, griego y latín: «Jesús de Nazareth, Rey de los Judios.»

—Perdonadles, Señor, que no saben lo que hacen. —exclamó el Hombre-Dios, cuando le crucificaban.

En la cumbre del Gólgota pronunció el Salvador las siete palabras, los siete poemas de la redención, y mirando a su madre dolorida y triste, dijo elevando al cielo sus ojos: *Consumatum est.* Todo ha terminado.

El hijo de Dios vertió su sangre por redimir a la humanidad.

Las profecias se cumplieron.

Diez y nueve siglos han trascurrido del drama del Calvario. La civilización estendió sus doctrinas por todos los ámbitos de la tierra; la mujer rompió las cadenas de su esclavitud y se igualó al hombre, siendo, desde entonces su dulce compañera en sus penas y alegrías.

Al recordar hoy la gran epopeya del Cristianismo, comprendemos su divinidad y comprendemos la gloria que nos promete al abandonar este valle de lágrimas.

¡Desgraciado del que en estos días no tenga presente lo que padeció Cristo por nosotros!

Ramón Blanco



Cosas del tiempo

A su madre, esta mañana, la dijo la hermosa Carmen:

—Buena semana me espera de bacalao y de potaje!

Y al verla tan afligida, replicó al punto su madre:

—Hija, pronto vendrá pascua, y te atracarás de carne.

* * *

—El mero con gran esmero guiso yo.

—Muy bien, ¿y qué?
Con esmero guiso usted;
mas señora, esto no es mero.

* * *

—Estoy contenta, Gregoria, porque hoy, mi esposo del alma, me ha regalado...

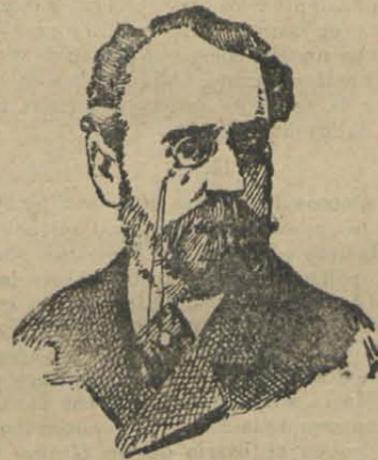
¿Una palma?

—No, chica, una *palmatoria*.
Veo que eres muy feliz;
yo no, porque mi Mariano, con la *palma*...de la mano me ha aplastado la nariz.

Vicente Rubio.

Segovia 4 Abril del 95.

Nuestros estadistas



DON FRANCISCO SILVELA.

El amor de la mujer

El verdadero amor en una mujer se descubre por determinados signos.

La bella que está apasionada tiernamente, experimenta a la vista de su amante una turbación más ó menos grande que se advierte en toda su persona.

Se halla turbada, agitada, trémula, algunas veces teme encontrarse con él y querría verle sin ser vista.

Si su mirada se encuentra con la del objeto amado se ruboriza y baja los ojos; si la habla y ella está obligada a contestar, sus ideas no tienen conexión alguna y solo en la fuga encuentra medios de salir de su embarazo.

Busca algunas veces en los brazos de sus parientas ó amigas un alivio a la pasión que la devora; las abraza con transporte y las prodiga mil caricias dignas de envidiarse.

Desde que divisa al que ha herido su corazón, su semblante se anima, se sonrosea, tienen sus ojos una tierna expresión, viva algunas veces, lánguida otras; el nombre sólo del que ama la ruboriza, el sonido de su voz la conmueve y la agita.

Cuando se habla de él su corazón se turba; si se alaban sus bellas cualidades, sus talentos, su ingenio, brilla a su posar la alegría sobre su rostro.

Quiere verle, y cuando está a su lado no puede hablar.

El menor contacto la hace estremecer.

Unas veces, triste y melancólica, huye de la gente y parece temer no se lea en sus miradas el secreto de su amor; otras la alegría rebosa en su corazón, en particular cuando ha visto a su amante fijar la vista en ella; conserva las menores palabras del que ama, no es feliz sino pensando en él; cuando no puede confiarse a una amiga, habla de él consigo misma; se dice: «Aquí estaba, este asiento era el suyo, en este momento me miraba tiernamente.»

«¡Que no pueda yo explicar cuanto le amo! ¡ah! temo que lo haya leído en mis ojos; ¡cuán agradable es su voz! ¡cuanto talento tiene! temo que otra lo encuentre amable. ¿Dónde estará ahora? ¿pensará en mí? se hallará entragado a las diversiones mientras yo lloro? ¿Cuándo le volveré a ver?»

«Su imagen está siempre fija en mi imaginación y de noche no puedo conciliar el sueño pensando en él... ¡Cuán desgraciada soy!»

Si en este estado, la persona verdaderamente enamorada siguió viendo al que ama, llega a ser tan grande su pasión que llega a resentirse su salud.

Puede muy bien una mujer tener deseos ó un pasajero capricho sin estar enamorada, porque la galanteria no es amor. Entonces no se observarán sino débilmente los signos descritos, porque su imaginación y su corazón están libres.

Sin embargo, sus ojos brillarán algunas veces, se fijarán sin temor sobre la persona que la agrada, se expresará con facilidad, y aun no se ruborizará al decir lo que experimenta ó al menos al hacerlo comprender.

La reunión de todos los signos expresados, pocas veces se encuentran juntos en una misma persona, pero se pueden observar algunos de ellos que harán conocer fácilmente si el corazón de una hermosa se halla animado de una tierna pasión.

V. Suarez Casañ.

